

La fiesta de los Tenelos.

Camino el pasillo que separa la sacristía del templo. Hace frío y la reuma en la rodilla me recuerda renguear para evitar el dolor. Debo ir más despacio. La charola en mis manos tiembla y hace a los cubiertos tintinear. Llego a la puerta. Dejo la charola en la mesa que puse al lado, para evitar agacharme. Me acomodo los lentes que llegan ya a la punta de mi nariz, paso la mano por el cabello de mis sienes y abro con el manajo de llaves los tres candados que aseguran la gruesa puerta. Entro.

—¡Buenas noches, Damián, te he traído comida!. Un quejido me dice que me ha escuchado. —Te veo mejor. Le sonrío. Ocupo la silla más cerca de la cabecera de la cama y me preparo para alimentarlo. Cuando tengo todo listo le digo — Atención, muchacho, voy a poner una cuchara en tu boca, es una papilla, no tienes que masticarla. Le doy una porción. Él intenta tragar pero tose y me llena la cara de alimento. Son estas cosas las que te hacen santo, aguantar la miseria de los demás. Con los lentes y nuestras caras de nuevo limpias intento darle de beber. Coloco el delgado tubo en sus labios. Él lo siente y empieza a sorber.

— Despacio, Damián, ¡Que te vuelve la tos! Él da un par de sorbos —¿Puedes escucharme? Mueve la cabeza ligeramente y resopla.— Me da un gusto enorme Damián, le digo, mientras seco el líquido que le escurre por la comisura, cuidando de no tocar las suturas.— Ya estaba impaciente de hablar con alguien. Lo arropo. — Hoy recuperaste la conciencia luego de un tiempo, ¡Han sido varios días! Dá gracias al Señor, cuando tu cuerpo sufrió en demasía tuvo la sabiduría de desmayarse. Busco en los vendajes por si hay manchas de sangre. — Ahora se concentra en curarse, claro con algo de ayuda de este viejo, ¿Por qué gimes? ¿Que? ¡No entiendo nada! Mira, mejor no intentes hablar por que no quedó parte sana con lo que puedas hacerlo, no sé cómo se te ocurrió oponer resistencia. Por lo que me dicen lastimaste a varios y por eso te tundieron así. Casi te matan. Termino revisando la botella de suero que cuelga de la cabecera. Me siento un momento para tomar un respiro. Miro mi reloj de pulso. Luego me ocupo despacio en preparar el camastro y cambiarme para dormir. Parece que me estoy acostumbrando a los quejidos, o tal vez mi oído sea menos sensible que antes. Pude dormir sin problemas. A lo mejor es el cansancio de la edad.

Por las mañanas el templo tiene aroma a Copal. Los mayordomos de la iglesia consiguieron ese favor hace mucho. Es mejor que las cien veladoras que iluminaban el altar. Nunca me gustó el olor a cera quemada. Se parece demasiado al del sebo cuando se chamusca. Llego a la sacristía. Damián está despierto. Hoy pudo mover el torso y cayó de la cama. Tenía la jeta sobre el piso en un charco de baba y sanguaza. Se habrá roto algún diente. ¡Caray, es un guiñapo! Gime lastimosamente. Salgo a llamar a uno de los mayordomos que ponen el Copal. Me ayuda a levantarlo, a limpiarlo y a cambiarle la ropa.

Damián no para de intentar algo que parecen palabras con su boca quebrada. Luego llora. Le acerco el tubo de plástico para que beba. Sus ojos siguen cerrados por la hinchazón. Las lágrimas escurren y mojan las vendas que tiene en el rostro. Lo mejor — aunque ya no sé decir que tan bueno sea — es que está consciente. Le doy unas palmadas suaves para intentar reconfortarlo. Tomo su mano menos lastimada entre las mías y lloramos juntos.

El día pasa lento entre los llamados a misa y la atención del pobre muchacho. Me siento agotado. Cae la tarde. —¿De donde te trajeron, Damián?, le pregunto mientras le hago un baño de esponja.— Tu credencial sólo dice el nombre y que eres trabajador eventual en una oficina del gobierno. Puedo adivinar su ojo moviéndose despacio en la rendija de sus párpados.— No pareces gente de campo. La última vez trajeron alguien de San Nicolás, allá por la sierra. Don Facundo es muy específico, pero contigo..., tomo un sorbo del vino de consagrar que me acabo de servir,— creo que se habrá equivocado. Ya debiste darte cuenta de que aprendí mucho del médico del pueblo. Fue antes de que se nos fuera. Hago un modesto esfuerzo de memoria. — No consigo recordar en que fiesta fue eso. ¡En fin! El Señor me ha bendecido con un aprendizaje rápido y buena mano. Lo seco y comienzo a ponerle vendajes nuevos. Durante un largo rato sólo se escucha mi respiración y el jadeo acuoso, la tos estertórea y los quejidos susurrados de él. La tarea es ardua. Un mayordomo me asiste para estos menesteres. Al finalizar despido a mi ayudante y miro hacia la izquierda. Me persigno frente al crucifijo que cuelga de la pared. Comienzo por lo bajo con un Padre Nuestro. Detrás mío Damián tose de nuevo. Esta vez son coágulos los que salpican la sábana. Carraspea. Intenta hablar pero solo un gemido se escucha. —Un momento, Damián, termino pronto. No creo que sea por haberme oído hablar en latín. Antes todas las misas se decían así. Me gusta practicarlo para no olvidar. Cuando acabo el rezo Damian parece dormido. Me persigno.— *in nomine patris et filii et spiritus sancti, amen*. Habrá tiempo de ir por su nueva ropa. A los pies de la cama su mochila sigue mostrando una identificación con la foto de él a un costado. — Hasta Mañana, muchacho.

— Buenas Tardes, Damián. Le susurro. El voltea su rostro hacia mi, o más bien hacia el sonido. Estoy sentado al lado de la cabecera. Acaricio las vendas de su cabeza. —¿Me escuchas?. Él asiente trabajosamente. Se vé que el movimiento le causa un gran dolor, tal vez por las costillas fracturadas. Lloro y resopla. — No, no, no te esfuerces demasiado. Ni intentes mover tus piernas o tus brazos. También están fracturados en varias partes. Todavía no sanan lo suficiente. Anda, toma un poco más de esta infusión. Te hará bien.

Sorbe media taza de golpe. Es buena señal.

— ¿Sabes?, hoy en la misa de ocho pedí a los devotos que rezaran conmigo por tu sanación y por el perdón de los pecados. Don Facundo, el mayordomo estaba a mi lado, sirviendo de monaguillo, como siempre. ¡La iglesia estaba repleta!. El murmullo del gentío al hincarse fue sobrecogedor ¡Que gusto ver a toda la parroquia reunida, como en los viejos tiempos! No, ¡es aún mejor que entonces! Nadie falta a las dos ceremonias del día. Ya soy un viejo y no puedo con más. ¡Qué satisfacción ver a tantos fieles! Que el Señor bendiga a esta parroquia y a Don Facundo que hace esto posible.

Quedo callado un momento. Respiro profundo y sonrío.

— A Don Facundo lo vas a conocer. Desde pequeño se hizo mi monaguillo. Ahora es un hombre de los que se dicen “poderosos”. Nunca me ha confesado a lo que se dedica, pero da trabajo a la mitad del pueblo. Mandó a hacer la fachada del templo, que se dañó en el último temblor. Las escuelas. Y la capilla. Muy religioso él, muy religioso. Ordena a toda la gente que venga a misa ¡y mira que vienen! ¡La fila para comulgar llega hasta el atrio! Me conoce y sabe cuánto me gusta eso. Yo lo respeto y le tengo afecto. Sólo confía en mí. Y todo el pueblo confía en él ciegamente. Siempre lo quisieron mucho. Hubo un tiempo cuando él era chico que nos secuestraban niños de cuando en cuando. Luego aparecían muertos, despedazados. El pueblo estaba enojadísimo. A él le tocó también. Un fuereño se lo llevó y nadie se dió cuenta. Todo mundo se puso a buscarlo. Estuvo ausente muchos días y luego lo encontraron en el camino, medio vivo. Lo curamos. Contó que el fulano le hizo cosas horribles que no deben pasarle a nadie, y menos a un niño. Al pueblo les dijo lo que sufrió, pero todito lo que le hicieron, eso sólo me lo dijo a mí. Pobre de ese chamaco. Desde entonces juró ir por aquel infeliz y por toda su familia. El pueblo entero lo respaldó, en recuerdo de todos esos niños, pero él les pidió que esperaran, que todavía no. Así era de recio y bien plantado. Tardó un tiempo en crecer suficiente para ir, pero cumplió. Uno por uno los fue trayendo cada año. Siempre por la misma temporada. Cada que traían a alguien lo ajusticiaban hasta matarlo. Luego lo tiraban a una barranca y dejaban que se lo comieran los animales. Yo no podía permitir eso. Tuve que intervenir, apelar a su religiosidad. ¡Que esa venganza no le dejaba nada a él ni al pueblo! ¡Que debería ayudarme, como en la misa, a mantener la fé de la gente! Yo pensé que no, pero me escuchó. Y me hizo caso. ¡El Señor sabe que me hizo caso, Damián! Hago una pausa. Desde entonces no se nos ha vuelto a perder ni un niño, ¡Bendito sea Dios! Me persigno despacio frente al crucifijo. — Una vez tuve que salir y pasé casualmente por el pueblo de donde decían que era ese hombre y su gente. Me dijeron que ya no vivía ninguno allí. Todos se habían ido cuando supieron que los cazaban cada año. Pero Facundo es listo y siempre sabe dónde encontrar alguno.

Sostengo la mano del muchacho. En la rendija amoratada de sus párpados un ojo se mueve. Lagrimea e Intenta mirarme. Un sonido ronco sale de su garganta. Todavía no puede hablar, aunque ya puede sentarse con ayuda y mueve los dedos sin mucha fuerza. Pongo mi mano sobre su frente y rezo por él.

No puedo evitar las lágrimas. A pesar de las mejoras, continúa en un estado miserable. Damián tose quedito durante largo rato. Sigo mi oración y la repito, hasta que queda dormido.

Esta mañana llego al cuarto vestido para la ocasión, flanqueado por dos mayordomos y Don Facundo seguido de muchos devotos. Durante la misa les dije que Damián Sí está listo para la fiesta. Otros tres hombres se adelantaron a la sacristía. Lo revisan rápido. Lo despiertan. Le abren un párpado, comprueban que respira y el tono de la piel en la cara. Lo sacan al pasillo y lo visten con trabajos. Cuando llegamos Damián está forcejeando, no deja que lo amordacen pero al final se rinde. Está amarrado a una cruz de madera de su talla. Me detengo frente al muchacho. No puedo verlo a los ojos. Levanto mi mano como en el púlpito. Dramatizo la voz, como allá. — Damián, Damián Velázquez Mendieta. Él intenta abrir su ojos y mueve las cejas en sorpresa. Un gemido parecido a un ¿Eh?. Trago saliva.

— Empleado temporal de la oficina de estadística, nacido el 30 de marzo de 1985. Has sido reconocido por la sabiduría de nuestro benefactor y por la voluntad inapelable y devota de este pueblo. Abro un pote pequeño que había en la repisa debajo del crucifijo. Es betún de calzado. Damián viste una túnica blanca. Sumerjo mi pulgar y luego dibujo en su pecho la marca de los Tenelos, T.N.L. mientras pronuncio — *Turba Non Lucida*, en voz baja. Me responde con un gesto de confusión, resopla y tose bajo la mordaza. Retrocedo y hago ademán solemne. El mayor mira cómo se humedecen mis ojos, con el ceño fruncido. Trago saliva de nuevo. Damián se queja. — Damián, este día de San Judas, serás crucificado, ahorcado y quemado, como dicta la santa tradición anual de este pueblo, una vez que linchado hasta la inconsciencia fuiste traído ante este humilde sacerdote que sólo vive para servir a su pueblo, desde que llegó el primer Tenelo traído por Don Facundo hace treinta y cinco años. Tus cenizas serán usadas para abonar la tierra que profanaron tus predecesores. Que dios se apiade de tu alma. Amén.

— Pueden llevárselo.

Damián se remueve en su cruz. Trata de gritar de dolor o de furia mientras se lo llevan. Sus gemidos se escuchan sobre el rezo de la procesión en el pasillo. El copal inunda todo. La gente se turna para cargarlo. Suenan cohetes de fiesta afuera. Don Facundo, el Mayor, queda al último. Observa duramente cómo limpio mis lágrimas. Hago un gesto para que me deje solo. Se va. Tras el ruido de la puerta al cerrarse, el cristo del crucifijo también me mira con reproche. Echo llave a la puerta y limpio mi dedo con un paño humedecido. De entre las veladoras de la repisa tomo la fusta que espera a mi penitencia de cada año. Hago una oración por mi alma y la de mis fieles devotos antes de desnudarme el torso y empezar. Afuera la banda toca. Los cohetes y la fusta no paran de atronar.